

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN VENEZUELA

ANNEL MEJÍAS GUIZA Y CARMEN TERESA GARCÍA

(EDITORAS)

TOMO II



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA
RED DE ANTROPOLOGÍAS DEL SUR

Annel Mejías Guiza y Carmen Teresa García

Antropologías bechas en Venezuela / Annel Mejías Guiza y Carmen Teresa García
(Editoras);

Antropologías bechas en Venezuela. Tomo 2 / Quintero, Rodolfo, Brito Figueroa, Federico, Coronil, Fernando...
[et al.]; editado por Carmen Teresa García y Annel Mejías Guiza. Mérida: Asociación Latinoamericana de
Antropología, Red de Antropologías del Sur.

1. LA CULTURA DEL PETRÓLEO COMO CULTURA DE CONQUISTA. 2. ANTROPOLOGÍA POLITICA.
3. RELIGIOSIDADES, IDENTIDADES Y SISTEMAS MÉDICOS. 4. ANTROPOLOGÍA DEL PARENTESCO.
5. ANTROPOLOGÍA SOBRE LAS COMUNIDADES NEGRAS. 6. ANTROPOLOGÍA DE LA MÚSICA.
7. ANTROPOLOGÍA SEMIÓTICA. 8. ANTROPOLOGÍA DE LA ALIMENTACIÓN. 9. ANTROPOLOGÍA DE LOS
DESASTRES.

1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología /
Red de Antropologías del Sur. 2021
759p.; tablas.; gráficos; mapas.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY:
Depósito Legal: ME202000196
ISBN: 978-980-18-1453-5

Libro de distribución gratuita con fines pedagógicos y educativos.
Hecho en Venezuela

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2021
© Annel Mejías Guiza y Carmen Teresa García (Compiladoras), 2021

1era Edición, 2021
© Asociación Latinoamericana de Antropología
© Red de Antropologías del Sur

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca
Fotografía de portada: Domingo Briceño. La Reina, Yaracuy, Venezuela.
Diagramación: José Gregorio Vásquez C.
Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

El libro *Antropologías bechas en Venezuela. Tomo 1* por
[Asociación Latinoamericana de Antropología, Red de Antropologías del Sur](#)
se distribuye bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](#).
Basada en una obra en <https://www.asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/>.
Permisos más allá del alcance de esta licencia pueden estar disponibles en
<https://www.asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/>.



Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2021

Contenido

Agradecimientos	13
La cultura del petróleo como cultura de conquista	
La cultura del petróleo: ensayo sobre estilos de vida de grupos sociales de Venezuela RODOLFO QUINTERO	17
Latifundio venezolano en las primeras décadas del siglo XX FEDERICO BRITO FIGUEROA	57
Los dos cuerpos de la nación FERNANDO CORONIL	77
Indígenas y empresa petrolera a principios del siglo XX: origen de una disputa JOHNNY ALARCÓN	129
Cabimas. Narrativas sociales de una marginalidad confusa: <i>clamor</i> y resistencia de un municipio petrolero de Venezuela OLESKI MIRANDA NAVARRO	147
Contribución de estudiosos/as venezolanos/as al pensamiento antropológico de la vivienda urbana FRANCISCO HERNÁNDEZ	159
Recorridos por lo urbano. Anotaciones sobre una experiencia investigativa: ciudad, territorios populares y espacio público TERESA ONTIVEROS	173

Antropología política

Lenguaje y discurso. Cómo reconciliar las identidades políticas y culturales en América Latina NELSON ACOSTA ESPINOZA	195
Fiestas de Estado y regímenes políticos en Venezuela o la fiesta de Estado como instrumento político ALEXÁNDER MANSUTTI Y ERIK LARES	211
Desaparecidos: el rescate de los asesinatos políticos de los años sesenta en Venezuela (Notas de arqueología forense) PEDRO PABLO LINÁREZ E IRAKARA CASTILLO	225
El satanismo en Mérida OSWALDO JIMÉNEZ	259
Afrodescendientes de la costa central venezolana: aproximación a la etnografía política del clientelismo YARA ALTEZ	291
Nuevos ensamblajes político-territoriales: los consejos comunales indígenas ayamán en Moroturo, estado Lara KRISNA RUETTE-ORIHUELA	311

Religiosidades, identidades y sistemas médicos

Las religiones paganas del Caribe MICHAELLE ASCENCIO	335
Perspectiva histórica del mito y culto a María Lionza DEISY BARRETO	347
Cuerpos tiernos y abiertos: embarazo y parto entre las mujeres campesinas de Mucuchíes BELKIS ROJAS	369
Fiesta, simbolización del espacio y construcción de identidades en la ciudad de Maracaibo: la Fiesta de la Purísima del Barrio Negro Primero CARLOS VALBUENA	383

El culto a Hugo Chávez en Venezuela: ¿santo, ser vergatario o muerto poderoso?	401
LUIS ALONSO HERNÁNDEZ	

Antropología del parentesco

El cartodiagrama de parentesco: una herramienta de investigación para la integración del conocimiento antropológico	421
JACQUELINE VÍLCHEZ	
Parentesco y clase/color en Venezuela en Iberoamérica: teoría y método	441
RAFAEL LÓPEZ-SANZ	
Matrisocialidad y la problemática estructural de la familia venezolana	449
SAMUEL HURTADO	

Antropología sobre las comunidades negras

Comunidades afrovenezolanas del sur del Lago de Maracaibo	467
JACQUELINE CLARAC DE BRICEÑO	
Así nació San Benito	487
MICHAELLE ASCENCIO	
Música y veneración de antepasados en el ritual del Chimbángueles	509
ERNESTO MORA QUEIPO, JEAN GONZÁLEZ QUEIPO Y DIANORA DE MORA	
Mecanismos de inserción sociopolítica en Curiepe, Estado Miranda, Venezuela	537
MEYBY UGUETO-PONCE	

Antropología de la música

Etnomusicología en Venezuela: desarrollo histórico y retos emergentes	557
KATRIN LENGWINAT	
Las posadas del Niño Jesús como estrategia de evangelización	575
ROSA IRAIMA SULBARÁN	

El cantador elorzano y la música llanera 593
CARLOS CAMACHO ACOSTA

El joropo llanero en Venezuela. Tradición teórica 617
y desafío metodológico: de los orígenes a las formas
MANUEL DÍAZ

Antropología semiótica

Eventos y actantes en un relato guajiro 637
LOURDES MOLERO DE CABEZAS

Antropo-semiótica del cambio ritual: de los viejos a los nuevos ritos 657
JOSÉ E. FINOL

Antropología de la alimentación

Alteridades alimentarias. Dietas indígenas y españolas 679
al comienzo de la conquista de Tierra Firme: rechazos y aceptaciones
EMANUEL AMODIO

El gusto por la dulzura: el consumo de azúcar y papelón 717
en Venezuela durante las épocas colonial y republicana
LUIS MOLINA

Antropología de los desastres

La perspectiva histórica en la antropología de los desastres: 737
el caso de América Latina
ROGELIO ALTEZ

Así nació San Benito¹

MICHAELLE ASCENCIO CHANCY²

Bobures, comunidad de pescadores y conuqueros, celebra cada año la “fiesta de San Benito”. Pueblo afroamericano en la orilla sur del Lago de Maracaibo, conoció junto con sus vecinos, Gibraltar y Palmarito, períodos de abundancia por sus haciendas coloniales de cacao. Puerto importante por donde entraban grandes barcos y salían cargados de azúcar, contempla, sin participar, el florecimiento de una gran plantación moderna de caña de azúcar, el Central Venezuela, que abarca, por un lado casi la mitad de la carretera que conduce al Lago, y por el otro lado, pasando por Palmarito, haciendas de ganado y plantaciones de plátano que, por su productividad, destacan aún más la pobreza e inanición de sus habitantes.

1 Original tomado de: Ascencio, Michaelle. 2001. “Así nació San Benito”. En: Michaelle Ascencio, *Entre Santa Bárbara y Shangó. La herencia de la plantación*, pp. 115-143. Caracas: FACES-UCV, Trópykos.

2 Michaelle Ascencio (Puerto Príncipe, Haití, 1949 - Caracas, 2014) fue licenciada en Letras de la Universidad Central de Venezuela (UCV), licenciada en Etnología de la Université d’Etat d’Haiti y doctora en Etnología y Antropología Social de la École des Hautes Études en Sciences Sociales. Se dedicó a la investigación en el área de la cultura del Caribe, línea que influyó en su obra literaria. Ejerció como profesora titular de las escuelas de Antropología, Letras e Historia de la UCV, además de dar clases en los siguientes postgrados: Doctorado en Historia, Maestría en Literatura Comparada y Maestría en Estudios de la Mujer de la UCV. Fue fundadora y profesora de la Opción de Estudios Afroamericanos de la Escuela de Antropología de la UCV y directora de la Escuela de Letras de esta misma universidad. Obtuvo el Premio Municipal de Literatura 1985 (mención Investigación Social) por su trabajo *Del nombre de los esclavos* y, en 1998, el Premio de la Bienal de Literatura Latinoamericana “José Rafael Pocaterra” del Ateneo de Valencia con su novela *Amargo y dulzón* (2002, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello). Dentro de su amplia e importante obra resaltamos: *San Benito, ¿sociedad secreta?* (1976, UCV), *Del nombre de los esclavos (y otros ensayos afroamericanos)* (1984, UCAB), *Lecturas antillanas* (1996, Academia Nacional de la Historia), *Viaje a la inversa. Acerca del exilio en la novela antillana* (2000, UCV), *Entre Santa Bárbara y Shangó. La herencia de la plantación* (2001, UCV, Trópykos), *Mundo, demonio y carne* (2005, Edit. Alfa), *Las diosas del Caribe* (2007, Edit. Alfa), *De que vuelan, vuelan. Imaginario religioso venezolano* (2012, Edit. Alfa), entre otros.

Salvo la gente que vive en la calle principal –la única asfaltada del pueblo– que conduce a un balneario que recibe mayormente a los turistas andinos, la población vive de lo que pescan (curbina, manamana, doncella, armadillo) en la Laguna, como llaman al Lago de Maracaibo, y de pequeñas siembras que solo unos pocos poseen. Durante el tiempo de zafra, algunos se emplean como cortadores de caña en el Central.

Gentes imaginativas que deben vivir al día, extraordinarios tamboreros, narradores de cuentos y de historias de antaño, rápidos en la invención de estrofas y canticas,³ francos, escandalosos en los gestos y en la risa, estas gentes son las que celebran cada año la fiesta de San Benito. Herencia en los tiempos coloniales, las fiestas, promovidas por las cofradías y los cabildos para controlar a los esclavos, y concederles por un día la ilusión de la libertad, sobrevivieron a los procesos que llevaron a la abolición de la esclavitud, y con el tiempo, se convirtieron en testimonio y expresión de lo que hoy conocemos como cultural afroamericana.

Aunque no poseemos un documento histórico que lo certifique, no sería un desacierto situar el origen de la fiesta de San Benito en la institución de la cofradía colonial que reunía a los negros libres y esclavos bajo la advocación de un santo católico. Miguel Acosta Saignes subraya la rígida ordenación de las cofradías, y las reglamentaciones que debían seguirse para su funcionamiento y, sobre todo, para el nombramiento del Mayordomo y de los demás miembros. Por otra parte –añade– parece que estas asociaciones funcionaban en Semana Santa (un día) sacando el santo en procesión (Acosta Saignes 1955: 60 y ss). La relación entre las cofradías y las fiestas y bailes de tambor de algunos pueblos negros de Venezuela, la expresa el autor en el párrafo que sigue:

Las cofradías realizaron funciones sincréticas, al fundir las ceremonias que los africanos celebraban en sus lejanas tierras, en honor a sus ídolos, con los rituales católicos. Como se ve, poco a poco, fueron cortándose los lazos ceremoniales. Algunos todavía pudieron vivir y se conservan en el folklore de hoy, reiterados en los campos venezolanos (Acosta Saignes 1955: 71).

Lo que conocemos hasta ahora sobre la esclavitud y sobre la importancia de las instituciones coloniales en la conservación y recreación de ciertos rasgos culturales africanos, nos permite suponer que la devoción y fiesta de San Benito en el sur del Lago ha podido tener como punto de partida la cofradía. Sí, pero San Benito parece ser algo más. Cuando asistimos por primera vez a la “fiesta” del 1º de enero, el sacrificio de la res, el pago de promesas, el encuentro de los tres santos (de Bobures, Gibraltar y El Batey), las ceremonias de intercambio de sombreros y

3 Canticas dicen los bobureños y no cánticas.

bastones entre los miembros de los gobiernos de los Santos... nos hicieron intuir que estábamos ante un tipo de ritual que podía relacionarse con el vodú, con el candomblé, con la santería. No habíamos visto nada parecido en otros pueblos negros de Venezuela, y Bobures nos parecía inexplicable sin la referencia a los cultos y religiones de las Antillas y del Brasil.

Pero mientras la santería, el candomblé y el vodú son religiones en el sentido más amplio del término, el culto de San Benito es una devoción particular a un santo que se organiza en un ritual con elementos propios de las religiones afroamericanas arriba mencionadas:

- una comunidad de fieles (los hombres y mujeres del sur del Lago que participan de la devoción)
- una organización jerárquica de los dignatarios del culto (el *Gobierno del Santo*), responsables de la preparación y desenvolvimiento del ritual
- rituales de iniciación para ingresar en la organización como *vasallo del santo*
- culto a los antepasados
- un lenguaje expresado en bailes, cantos y procesiones
- un mito de fundación y
- una simbología manifiesta en atavíos, altares y ornamentos.

El culto a San Benito es, pues, un culto complejo que desborda la función inicial de reguladora de la población esclava que tenía la cofradía. Si como señalan los historiadores, el sur del Lago de Maracaibo, con la ciudad de Gibraltar como centro, fue hasta mediados del siglo XVII una región floreciente, con una producción de cacao que salía por el puerto de Gibraltar hacia Cartagena y Veracruz, rodeada de numerosas haciendas en las que trabajaba una abundante mano de obra esclava,⁴ trabajos posteriores habrán de plantearse la cuestión de las transformaciones que debió sufrir la cofradía colonial como institución, cuando la esclavitud se convirtió en una actividad no rentable para los dueños de plantaciones. En este trabajo no estudiaremos este proceso, sino que nos concentraremos en el mito de San Benito, luego de presentar una visión global del rito que sustenta la devoción en la cofradía, para pasar, a continuación, a describir algunos detalles de la fiesta y del gobierno del Santo, indispensables para la comprensión del mito.

4 Tiene razón J.G. Bracho Reyes cuando señala en su artículo *El culto de San Benito en el sur del lago de Maracaibo...*: "Se piensa más bien que Bobures pudo haber sido de esos pueblos que se formaron alrededor de las antiguas haciendas cuando estas fueron abandonadas por sus propietarios. Estos pueblos fueron formados por esclavos que una vez obtenida la libertad, seguían vinculados de alguna forma a la plantación" (1997: 50), y no un pueblo de cimarrones, como sugiero yo en la publicación *San Benito, ¿Sociedad secreta?* (Ascencio 1976: 16).

La fiesta de San Benito tiene un tiempo y un lugar. Comienza en el sur del Lago con la época de las lluvias, el primer sábado de octubre. Culmina en Bobures, el 1º de enero con la fiesta, prosigue diluyéndose en pagos de promesas hasta la Semana Santa.

Durante ese tiempo, el hombre sacraliza, se acerca a San Benito, “negro bailón y bebedor”, participando en una serie de “ensayos” (el primer sábado de octubre, el 1º de noviembre y el 8 de diciembre), de reuniones del “gobierno del Santo” y de los tamboreros, maraqueros y flauteros, que recorren las calles del pueblo, sin el Santo, pues solo el 1º de enero, su día, podría salir. Ese día comienza muy temprano con el sacrificio de una res que repartida entre los miembros del gobierno y el pueblo, y ofrecida luego a los visitantes en frituras, caldos y asados, preparados a lo largo del día por las mujeres, sellará la solidaridad y comunión entre todos. Luego en la misa, el Mayordomo del Santo, especie de maestro de ceremonia que enlaza a la iglesia con el pueblo, pedirá permiso al cura para sacar a San Benito de la iglesia y entregarlo a sus Capitanes. El “Ajé”, el golpe sagrado para sacar al Santo de la iglesia entregará a San Benito a Bobures para cantar, bailar y tomar ron con él. Cuando esto sucede, el hombre de Bobures ya no es un hombre cualquiera, es vasallo de San Benito, su chimbanguelero. El chimbanguelero,⁵ una vez en la calle, se encuentra con el San Benito de Gibraltar y con el del Batey que vienen a visitarlo, y los tres santos, los tres gobiernos, los tres pueblos, comienzan el recorrido tradicional por las calles de Bobures: los abanderados adelante, el gobierno detrás, los tamboreros, flauteros y maraqueros más atrás. Delante de todo este conjunto –los chimbanguelos– van los tres santos bailando y saludándose.

Bien tarde en la noche, la gente todavía protestará cuando suene de nuevo el golpe “Ajé” para meter el Santo en la iglesia. Los Capitanes despedirán a San Benito en la puerta pequeña iglesia del pueblo, y Bobures lentamente volverá a su existencia cotidiana.

La exultación de los devotos, el baile, la seriedad de los dignatarios de culto durante la ceremonia de intercambio de sombreros y bastones en el atrio de la iglesia, el regocijo de los participantes, todo ello permanece como una emoción fuerte que acompaña a los fieles durante el año, pues no pierden la ocasión de recordar la fiesta, hablando animadamente y piropeando a San Benito, que cada año está más bello y le gusta más el baile... El sacrificio de la res es el rito que inaugura la fiesta propiamente dicha. Este sacrificio, por ocurrir en la madrugada,

5 Rosenblat afirma el origen africano del vocablo, pero no lo define. Angeline Pollak-Eltz: los tambores chimbanguelos que utilizan en las fiestas de San Benito al sur del Lago de Maracaibo, parece que por el nombre tengan también origen en el Congo, pero las características de la elaboración nos hacen pensar en los tambores de la Costa de los esclavos (cfr. Álvarez 1987: 128).

y sin previa convocatoria, no es frecuente de observar. Por eso mismo, resulta de interés describirlo en sus pasos fundamentales. Nos referimos, particularmente, al primer sacrificio de res que tuvimos la ocasión de presenciar, en la madrugada del día 31 de diciembre de 1974, en el sitio denominado Matadero. Tres reses en total. Como a las cuatro de la mañana del día 31 de los encargados del sacrificio, todos los miembros del gobierno Santo, y algunas mujeres, se hallaban en el sitio indicado. Un hombre de mediana estatura, más bien delgado, a quien llamaban Picure, era el encargado de sacrificar las reses. Hundiéndoles un cuchillo en la cerviz para rematarlas con un golpe directo en el corazón, las reses cabecearon varias veces hasta que cayeron. Picure era famoso por su destreza para “componer una res”: un “estudio”, un “modo de composición” es un modo de matar a la res, esto es, de pie, acostada, o tal vez, acuchillada. Las partes de la res se lavan en el lago y después de cada sacrificio, las mujeres limpian el sitio con agua, antes de proceder a sacrificar la siguiente res. Mientras se desarrolla este acontecimiento, los presentes, hombres y mujeres, beben mucho ron. Una vez “compuesta” la res, los hombres procedieron a quitarle el cuero, cuero que está vendido para, con el dinero, pagar la misa y comprar ron, bombas, papelillo para la fiesta. Se supo que los donadores de las reses fueron, ese año, Antonio Pérez, difunto, caraqueño, dueño de la hacienda que dejó la orden de que todos los años se le diera una res a San Benito; el Central de Venezuela que dio otra de las reses y la tercera la obsequió Jesús Churrio, hacendado de la región. Dice el Capitán de plaza, Olimpiades Pulgar, que si sale un cuero bueno deja para los tambores. O. Pulgar daba órdenes para los preparativos y mandaba a las mujeres a buscar agua, a limpiar, a buscar leña y estaba pendiente de los tragos que se repartían entre los presentes. Las reses compuestas fueron llevadas a su casa. En el patio, esperaban al Mayordomo, el primer capitán del Santo, el jefe de la Banda, el Primer Abanderado que iba y venía, y otros que ayudaban. Se dio comienzo al reparto de las reses. La mayor parte le tocó al mayordomo por ser el encargado de recibir y obsequiar a los gobiernos de San Benito de Gibraltar y del Batey, los pueblos vecinos que vendrán a la fiesta. El resto se distribuyó entre los miembros del gobierno del Santo de Bobures, junto con la yuca y el plátano. Mientras se hacía reparto de las reses, las mujeres habían comenzado a cocinar un sancocho que se comieron en seguida los presentes. Después, cargaron con un camión los hatadillos de pieles de res para llevarlos a las casas donde las mujeres, en fogones improvisados en los patios, cocinarán durante ese día y el siguiente para los visitantes, porque como dice el Mayordomo, todos van a llegar a desayunar, al almorzar y a cenar en la casa de él. A la gente del pueblo también repartió carne, y aunque pedían más y más, cada quien salió con su paquetico. Las raciones eran pequeñas porque la res es para homenajear e invitar a los que vengan a la fiesta de San Benito: primero tiene que comer la gente de Gibraltar y del Batey, y después los de Bobures, repetían los Capitanes.

El gobierno de San Benito le permite a los hombres de Bobures elevarse a la categoría de dignatarios de culto, al darles un papel (un trabajo) valorado por la comunidad. La fuente de esa responsabilidad y de esa obligación es el propio mito, al fundar la existencia del “gobierno” como medio enlace entre el Santo y la comunidad de fieles. Este gobierno, el igual que el de los otros cultos y religiones afroamericanas, se sustenta en una rígida jerarquía y en la asignación estricta de quehaceres a cada uno de sus miembros. Resumimos de seguidas, los cargos del gobierno de San Benito: Mayordomo, Capitán del Santo, Capitán de Plaza, Capitán de Brigada, Director de la Banda, Abanderado, Mandador y Hachonero.

MAYORDOMO: es el grado más alto de la organización. El Mayordomo se encarga de todo lo relacionado con la iglesia: viste al Santo, pide permiso al cura para sacarlo de la iglesia, lleva los nombramientos del gobierno y las cuentas (limosnas, ofrendas y promesas) del Santo, paga la misa del 1º de enero. El Mayordomo vincula, entonces, los asuntos del gobierno de San Benito y la iglesia, pero también conecta el orden sagrado con el profano, al pedir permiso para sacar el Santo y entregarlo al pueblo. El cargo de Mayordomo, que puede ser vitalicio y necesita la aprobación del cura de la iglesia, requiere del conocimiento de la devoción de San Benito, de una conducta digna y ejemplar y de un cierto nivel económico.

CAPITÁN DEL SANTO: los Capitanes son dos, Primer y Segundo Capitán del Santo o del Ensayo, como también se les denomina. Tienen la responsabilidad de dirigir la organización, sustituyen al Mayordomo cuando este sale en los recorridos. Para desempeñar estos cargos es indispensable conocer los toques del tambor.

CAPITÁN DE PLAZA: los Capitanes de Plaza son dos, el Primer y Segundo Capitán que acompaña o sustituye al primero en sus funciones. Son responsables del Santo y de toda la organización, una vez que aquel está en la calle. Al Capitán de Plaza se le llama también “Capitán de lengua” por ser él quien le canta al Santo. Debe conocer, pues, todas las oraciones y letanías del Santo y debe decirlas en los momentos requeridos (en la puerta de la iglesia, frente a la casa de un difunto que haya pertenecido a la organización, etc.) dirige, además, el sacrificio de la res y organiza el recibimiento de los Santos visitantes.⁶

CAPITÁN DE BRIGADA: jefe de todos los Mandadores. Al mismo tiempo refuerza y sustituye –en caso de ausencia– al Primer y Segundo Capitán del Santo. Su función es instruir a los Mandadores para que las ceremonias y las fiestas se desenvuelvan ordenadamente.

6 Uno de los dignatarios de la religión vodú es el “La Place”, abreviatura de Comandante General de la Plaza, maestro de ceremonia, responsable del buen funcionamiento de la misma (cfr. Métraux 1960: 60).

MANDADORES: encargados de mantener el orden en la organización. El Primer Mandador es el Comandante y los otros son siete Sargentos. Los Mandadores llevan látigo, símbolo de autoridad, con el que antes azotaban a los que desobedecían. Los Mandadores son los encargados, además, de hacer respetar los espacios sagrados que se producen a la salida del Santo y durante la ceremonia de intercambio de bastones y sombreros entre los gobiernos de San Benito del Batey, Gibraltar y Bobures, frente a la iglesia.

DIRECTOR DE LA BANDA O DEL ENSAYO: dirige los instrumentos, fija los toques durante los recorridos y cuida de la buena ejecución de los mismos. Hay dos directores de banda: Primer y Segundo Director.

ABANDERADO: se denomina así al que lleva el pabellón de San Benito. Marcha delante del chimbanguale, bailando y haciendo figuras con la bandera. Hay tres abanderados.

CARGADORES: son los que llevan al Santo en andas. Los dirige el jefe de cargadores.

HACHONEROS: cuando San Benito sale de noche, o se hace de noche durante los ensayos, los hachoneros iluminan con grandes teas el camino. El jefe de hachoneros se encarga de conseguir kerosene y teas.

TAMBOREROS: la música de San Benito se basa fundamentalmente, en toques de tambor y cantos.

Capitán de Lengua es el que canta y los demás, el pueblo, responden mediante estribillos ya conocidos. Los tambores⁷ tienen, entonces, una gran importancia en el chimbanguale, tan importantes son que, a veces, esta palabra no designa a toda la organización sino a los tambores. Por otra parte, San Benito tiene un toque y un canto para cada situación: a la salida de la iglesia, cuando se encuentra con otros santos, cuando recorre las calles, delante de las casa de los capitanes. Los hombres que tocan se comunican con el Santo a través del tambor, y el ritmo enlaza así al gobierno y al santo y se revierte sobre el pueblo que acompaña bailando el chimbanguale.

7 Hay dos tipos de tambor en el chimbanguale: tambores machos y tambores hembras. Los primeros son: tambor mayor (arriero), tambor segundo (medio golpe), tambor respuesta, tambor cantante. los tambores hembras son tambor requinta y tambor media requinta. A veces hay también una Segunda Requinta. Durante los ensayos y, sobre todo, en la fiesta, puede haber dos o más de cada tipo. Acompañan a la banda de tambores, tres o cuatro flauteros algunos maraqueros en número no fijo. J.C. Laya dice que el caracol marino o caracola formaba parte regular de las *bandas* de San Benito en Bobures hasta 1930, y que a su ejecutante se le denominaba *bocinero* (Laya 1957: 231).

Los miembros del gobierno de San Benito organizan la fiesta cada año, y puesto que el gobierno incluye al chimbanguele, no hay fiesta si los tambores no acompañan al Santo en su recorrido ritual. San Benito tiene, efectivamente, un gobierno cuyos miembros son elegidos por los vasallos del Santo, considerando sus capacidades para desempeñar los diferentes cargos y su buen comportamiento dentro de la comunidad. Pertenecer, pues, al gobierno es un reconocimiento para el elegido, es además un compromiso con San Benito y con el pueblo que va más allá de la persona, pues los miembros del gobierno no pueden retirarse del cargo, a menos que los vasallos reunidos le den su consentimiento. Un día al año, el día 1º de enero, este gobierno asume plenamente sus funciones cuando San Benito sale a la calle. Ese día, el único gobierno de Bobures es el de su Santo. Así se rememora la disposición colonial que concedía uno o varios días del año a los esclavos para que asumieran el gobierno de pequeñas localidades y tuvieran la ilusión de la libertad o, arriesgándonos a la interpretación más atrevida, podríamos decir que con la fiesta del 1º de enero los vasallos proclaman que la libertad sigue siendo una ilusión que dura solo un día.

Buena parte del contenido del mito de San Benito se perdería o no se hace referencia a un cargo muy particular del rito: el tabú que pesa sobre las mujeres. Las mujeres no podrán participar en el gobierno del Santo ni podrán tocar los instrumentos. Bailarán, sí, y se ocuparán de la comida y de atender a los visitantes, pero no tendrán funciones ni cargos de mando porque San Benito tuvo que huir de ellas. Las mujeres perseguían mucho a San Benito y él fue al cielo a “pedirle a Dios un horrible color” para que ellas lo dejaran tranquilo.

De los trabajos de Acosta Saignes no podemos inferir que la cofradía estuviera compuesta por hombres solamente, pero por los ejemplos que da el autor, pareciera que la exclusión de mujeres debió ser la norma general. Así, a manera de ejemplo, la cofradía del santísimo en Caracas se componía de “24 cofrades [...] *varones de buena fama*, timoratos y devotos, no mujeres, ni impedidos, ni enfermos en la cama, y se llamarán del número” (Acosta 1955: 63). Con la separación de sexos, la cofradía colonial reproducía el modelo cristiano de organización religiosa en el que los hombres se reservan para sí los cargos de poder (Papa, Obispo, Cardenal, etc.) excluyendo a las mujeres: “los miembros del gobierno son varones porque las mujeres no están capacitadas y esos son cargos de mucho respeto”, afirma tajantemente el capitán de plaza del gobierno de San Benito en Bobures (Ascencio 1976: 38-39).⁸ Sin embargo, las mujeres podrán participar en la fiesta, y el gobierno de San Benito nombra una primera y una segunda capitana para que se encarguen de dirigir la cocina y repartir la comida a los visitantes el día de la fiesta del Santo:

8 Las citas de los vasallos del Santo que aparecen en este trabajo son tomadas de la mencionada publicación.

El varón está en la calle con ellos (con el chimbanguale), nosotras estamos en la casa haciendo la comida para el que viene de afuera. No puede uno tener ese logro de andar en la calle con él (con San Benito). Así, si el hombre se quedara en la casa atendiendo a los demás, uno saliera.

Nos dice Celina Chacín quien se desempeñó, en épocas pasadas, como Capitana. La función de las mujeres en el ritual es, pues, la de preparar y repartir la comida para los visitantes que acudieron al pueblo el día de la fiesta. Precisa señalar aquí que casi todos los investigadores de las religiones afroamericanas han destacado la participación activa de la mujer en el vodú, en el candomblé y la santería. Estas religiones subrayan, por el contrario, la igualdad en los sexos en cuanto a la distribución de los roles y de los cargos de importancia. Allí las mujeres pueden dirigir el ritual, administrar su propio tiempo, iniciar a los jóvenes, invocar a los espíritus y recibirlos. Hasta tal punto es activa la participación de la mujer en estas religiones que algunos estudiosos, entre ellos Roger Bastide, hablan de religiones afroamericanas como religiones femeninas, en cuanto permiten a la mujer un ascenso en la esfera religiosa que las compensa y, a veces, las libera del dominio del varón (en la figura del padre, del hermano y del marido). Y aunque en el gobierno santo, las mujeres de Bobures estén excluidas, el rol de Primera y de Segunda Capitana las integra en cierta forma al gobierno y las hace indirectamente responsables del esplendor de la fiesta.

Como en todos los cultos y religiones afroamericanos, también en el de San Benito la comida ritual tiene una importancia central. Es una ofrenda al Santo en este caso, a los devotos y a los visitantes que acuden a la fiesta para pagar una promesa, agradecerle al Santo por algún favor recibido, o celebrar con él; es, en última instancia, la renovación del pacto con la divinidad a través del principio de *do ut des* (*doy para que me des*), que rige universalmente los rituales de sacrificio. En este sentido, la comida es el dios o el santo mismo que será ingerido por sus fieles para formar parte de una misma sustancia sagrada. Y esta comida la preparan en Bobures las mujeres, dirigidas por la Primera y Segunda Capitana.

Pero además de la cocción y reparto de la comida, las mujeres también tienen otras obligaciones. Son ellas las encargadas por el mayordomo de vestir al santo, de decorar la parihuela en la que transportarán en su recorrido por las calles; son ellas también las que confeccionan las sayas de paja con las que hasta hace unos años se bailaba todavía el chimbanguale, y ni hablar de la participación que tendrán cuando San Benito esté en la calle, bailando y cantando con él. Cabe mencionar aquí que la gaita, cuya patrona es Santa Lucía, es una fiesta recreada y mantenida por las mujeres como contrapeso a la fiesta de San Benito en la que mandan los hombres. Esta competencia de Santos, que encubre la rivalidad entre

hombre y la mujer, la expresan muy bien las devotas diciendo que “si San Benito es bailón y bebedor, Santa Lucía es también chimbanguelera y gaitera”.

Hecha esta introducción pasaremos a la lectura del mito de San Benito, uno de los mitos más completos y significativos de la tradición oral en Venezuela.⁹

El mito de San Benito

San Benito era un Santo milagroso y a pesar de esto no pudo conocer a su madre. La madre de San Benito era esposa del Rey de Sicilia y el Rey de Sicilia está en Babilonia haciendo unos trabajos, entonces la madre de San Benito se enamoró de un esclavo, que tenían esclavos, ¿no? Eso era cuando la esclavitud. Bueno, y ese esclavo le caleteaba el agua pa' bañarse, pa'lavá, pa'todo, y entonces ella se enamoró del esclavo y nació San Benito. Entonces le dijo a la partera que cuando diera a luz le metiera dos gatos, y que lo que diera a luz lo botara al río. Así hizo la partera. Cuando dio a luz, entonces cogió al muchachito, a San Benito, lo metieron entre un cajoncito y lo tiraron al río. Santa Ifigenia, Marta de Gólgota y Anacoreta y varias mujeres más habían ido a lavar al río, ellas llegaban en la mañana a lavar y se iban en la tarde, pero ya a la tarde cuando se van, viene Santa Ifigenia y dice: - Ay se me olvidó el peine. Entonces allí fue cuando ella llegó a donde estaba el peine, vio que venía un cajoncito por arriba, por la corriente del río, entonces ella se tiró y dice: “Ay, un cajoncito, voy a cogerlo”. Se tiró y lo cogió, cogió al cajoncito, pero cuando lo cogió, le habla al cajón adentro y le dice:

- “Llévelo con cuidado que lleva un niño varón”. Bueno, se vino, y cuando llega a donde están las demás compañeras, le dicen:

- Ifigenia, ¿y ese cajón que lleváis ahí?

- No, que lo traje esta mañana pa'lavá y se me había olvidado, se me quedó allá en el río y me devolví a buscarlo. Bueno ella se trajo a su muchacho y cuando llegó a la casa, que lo abrió, era un niño alemán, de ojos azules, blanco, blanco, blanco, italiano.

Está negro ahora porque a él lo persiguen mucho las mujeres y él no quería nada con las mujeres: él todo lo que quería era con Dios. Él se ponía a orar y las mujeres lo perseguían y le tiraban flores. Entonces fue a casa de Dios y le pidió un horrible color pa'huirle a las mujeres y

9 Este mito, recogido durante el trabajo de campo de la Opción de Estudios Afroamericanos, de la Escuela de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela, forma parte de la investigación realizada en Bobures durante varios años, por los estudiantes como requisito para el trabajo de grado (cfr. Rodríguez *et al.* 1974).

entonces Dios le dijo que cómo hacía él, que ese era su color natural, que no podía cambiarle su color, pero que, sin embargo, él iba a ver. Entonces se metió a cocinero a casa de los frailes. San Benito nace en Italia, Palentía, Palermo. Primeramente, San Benito fue doctor, fue guerrista, fue partero, fue de todo, fue cocinero, fue sabio sin estudio porque él no estudió. Santa Ifigenia se puso a criarlo hasta que lo crió. De allí fue que él se puso a hacer milagros, hizo el primer milagro, el segundo milagro y así fue haciendo milagros hasta que se convirtió en Santo. Un día Jesucristo fue a hablar con San Benito y le dijo:

- Benito, ¿y cuál es el día que te gusta?

- A mí me gusta el día que salga con unos perolitos¹⁰ por las calles, así caminando, paseando, contento. Entonces Jesucristo le dijo:

- Bueno, Benito, yo voy a cambiar la fecha: te voy a dar a vos el día 27 que es el día de San Benito de Palermo, y voy a dejar para mí la Pasión. Bueno, por eso el día de San Benito es el 27 de diciembre.

Pero en ese tiempo esto era un pueblito, caseritos, y Gibraltar era una ciudad de siete templos, y tanto que total, que fue porque el día 27, que es el día de San Benito, porque se lo dio Jesucristo cuando andaba con los apóstoles a cada quien poniéndole su día: a San Juan le puso el día de San Juan, a San Pedro le puso el día de San Pedro, A San Silvestre le puso el día de San Silvestre, y así a cada quien su día. Bueno y a San Benito le puso el día 27; pero San Benito no fue a gusto con eso y después de que pasó el día 27, él fue con los feligreses a cada casa de Jesucristo, en la mañana y entonces le pidió una semana de pura Navidad, una semana de puro chimbanguele para él solo. Entonces Jesucristo le dice:

- Mira, Benito, una semana no se puede dar, porque con un día unos se emborrachan, otros se estropean, pelean otros, a la larga te quedarías sin vasallos. Entonces él agachó la cabeza y como que fuera verdad, porque una semana de puro chimbanguele para él sólo era así. Entonces le dice Jesucristo:

- Tenéis octubre, tenéis a Todos los Santos, tenéis a la Purísima, tenéis a Santo Tomás y tenéis a Santa Lucía que también era chimbanguelera y gaitera. Bueno, ahí él convino en su día 27 y luego aquí el día 1° de año nuevo. Porque eso viene desde atrás, desde el siglo pasado, que el día de San Benito es el día 27 y en Bobures el 1° de enero, día del año nuevo.

El mito de San Benito fue recogido durante el primer trabajo de investigación de la Opción de Estudios Afroamericanos que se realizó en Bobures durante

10 Tamborcitos.

los años 74-76. El principal informante fue el ya recordado Olímpíades Pulgar, llamado afectuosamente Pía, Capitán de Plaza del gobierno del Santo, hombre de una gran imaginación y versatilidad, apreciado en toda la región del sur del Lago de Maracaibo por sus conocimientos sobre el ritual y por sus habilidades como tamborero y cantador. Durante los años que estuvimos asistiendo a la fiesta de San Benito en el mes de diciembre, Pía era el vasallo más empecinado y devoto del Santo. Era él quien realmente organizaba y disponía de lo necesario para que la fiesta se llevara a cabo con todo su ceremonial, era él también el que forma a la banda de los chimbanguelitos para iniciar a los jóvenes en el ritual. Pía, junto con su hijo, Escolástico Parada, director de la banda, y hacedor de tambores, fueron nuestros anfitriones y nuestros más atinentes colaboradores. La versión del mito de San Benito fue contada por Pía en varias oportunidades. Generalmente, la contaba de corrido, sin interrumpirse, desde el principio, es decir desde el nacimiento de San Benito hasta el momento de la conversión de Benito Santo.

Comenzaba, pues, con la frase *San Benito era un milagroso y a pesar de esto no pudo conocer a su madre* hasta *Y así fue haciendo milagros hasta que se convirtió en santo*. A la pregunta nuestra: ¿y cómo nació el chimbanguale?, seguía la otra parte del mito hasta el final, esto es, desde *Un día Jesucristo fue a hablar con San Benito*, hasta la frase termina diciendo *y en Bobures el 1º de enero, día de año nuevo*. Podemos decir, entonces, que el mito de San Benito se compone de dos partes. La primera narra el nacimiento de Benito hasta su conversión en Santo. La segunda, se refiere al origen del chimbanguale, del rito, en el que San Benito tiene una participación y en la que, por cierto, San Benito no aparece tan santo como en la primera parte. Antes de pasar al análisis del mito, veamos otra versión recogida por mí, en 1980, del mismo Olímpíades Pulgar, cuando le solicitamos que nos narrara el encuentro de los padres de San Benito. Dice así:

Santa Bárbara era esposa del Rey de Sicilia pero la esposa tenía esclavos hembras y varones. Ella quería que la bañara un esclavo, ella se desnudaba y le decía: “friégame alante también”, ella estaba enamorada. Un día la reina le dijo a Isabel que le llamara a Serapio. Él llegó y la vio desnuda y Serapio salió en carrera, porque era en la esclavitud, ¡cristianos terribles!... ahí mismo lo mataban. Al día siguiente lo volvió a llamar y le dijo: “friégume adelante” y al otro día, dijo: “vaya al escaparate y tráigame el vestido celeste”, llegó ella y ahí mismo lo abrazó... hasta que al fin, hicieron lo natural. Ya después, él le perdió el miedo y él mismo iba. Entonces hicieron a San Benito. Cuando ella sintió que estaba encinta, mandó a llamar al Rey y durmió con él. El Rey durmió con ella y se fue. Al mes, le mandó una carta diciéndole que estaba encinta. De ahí vino el Rey otra vez. Ya ella tenía la barriga grande y entonces mandó a llamar a la partera. Entonces le dijo a la partera que cuando diera a luz [a partir de aquí, las dos versiones se igualan].

Pasemos ahora al análisis del mito de San Benito: en estas dos versiones del mito, aprendemos que San Benito es fruto de un adulterio entre la esposa del Rey, llamada Santa Bárbara, y un esclavo de nombre Serapio. San Benito es, pues, un hijo bastardo. Pero el mito no solo quiere legitimar la bastardía sino acercar, además, lo que la sociedad colonial quería mantener rígidamente separados: clases sociales y razas. Así, San Benito es hijo de dos personas que no debían mirarse, de dos mundos que no debían tocarse, de dos órdenes que debían permanecer separados: una reina, blanca, santa, con un nombre muy sonoro *Bárbara*, y un esclavo, negro, infiel, cuyo nombre, *Serapio*, alude al cero, a nada. El mito, al unir los opuestos revierte el orden colonial que prohibía terminantemente uniones legítimas o ilegítimas entre “castas” coloniales, esto es, entre negros, blancos e indios; entre esclavos y amos, entre cristianos y paganos. San Benito es, entonces, un mulato, un producto colonial de la unión sexual tabú, prohibida, como la mayoría de las uniones entre las castas en América. Mediante la narración del encuentro de la reina y el esclavo, se une míticamente (en el plano simbólico) lo que en la realidad debía mantenerse separado y, a la vez, se da cuenta de una realidad que se impuso por encima de la reglamentación legal y eclesiástica.

La segunda versión del mito nos transmite el sentimiento de miedo del esclavo ante los amos. Era tal el terror de Serapio ante la reina, que salió en carrera, y el mito aclara “porque era en la esclavitud, cristianos terribles, ahí mismo lo mataban”. Estas frases enlazadas solo por pausas, no están narrando precisamente algo sino evocando la inmediatez de los hechos, reviviendo una situación que parecía todavía inenarrable: el terror de la esclavitud y, más aún, el terror a los castigos y a la muerte decretada por el amo. Un negro esclavo no podía atreverse a mirar a una blanca, desearla... mucho menos si esa blanca era, además, esposa y reina. Al revivir, mediante esas frases, la atmósfera de miedo en la que se vivía durante la esclavitud, al traer a la memoria las impresiones que dejaron las amenazas y los castigos, el mito permite, por contraste, comprender la valentía y la fortaleza de Serapio: eleva su figura enaltecéndolo, pues Serapio, del cero, del anonimato, de nada que eran los esclavos, pasa a ser el hombre que, dignificado por el amor, vence todos los tabúes coloniales y pierde lo que ningún esclavo, quizás, perdió en la vida: el miedo. Y el mito recalca expresamente que Serapio pierde el miedo porque la reina “estaba enamorada”. Superación de miedo por el amor, reconciliación de los opuestos a través del deseo, triunfo del amor sobre los prejuicios y las barreras impuestas por los hombres, fusión de los extremos en tensión, solo de circunstancias tan excepcionales podía nacer un ser tan especial como Benito.

Durante el cortejo, vemos también cómo el mito invierte las formas estatuidas, al darle a la mujer el rol más activo en la relación. La mujer es iniciadora y propiciadora de amor, es la reina la que se “rebaja” enamorándose de su esclavo, es la santa la que propicia el encuentro; es la blanca la que busca al negro. En

la realidad, generalmente, ocurría lo contrario. Eran los amos, los dueños de la plantación o de la hacienda, los que disponían de las esclavas obligándolas, en la mayoría de los casos, a concederles sus favores. Y sin negar que esta violencia sobre el cuerpo de la esclava podía significar para ella un trato menos duro o un ascenso en la escala social, el racismo, secuela de la esclavitud, fue construyendo un ideal de matrimonio que se expresa, en nuestros días, de manera directa en el blanqueamiento: “Fulana está más contenta que negra preñá é musiu”, dice un refrán venezolano, avivando el imperativo de “mejorar la raza”.

En el mito la reina no se conforma con seducir o “atacar” a su esclavo sino que va más allá y cede en sus sentimientos, enamorándose de él. El mito insiste en el enamoramiento de la reina, pero de Serapio solo nos cuenta su miedo y la superación de ese miedo: *ya después él le perdió el miedo y él mismo iba*. El mito no nos dice si Serapio, en realidad, estaba enamorado de la reina, como si bastara con vencer ese sentimiento de miedo para que todo lo demás, fluyera. En cuanto al papel activo que el mito concede a la mujer, en la sociedad colonial, prejuiciada y reglamentada, era difícil que la mujer de colono, sujeta a su marido, pudiera vencer esos prejuicios y reglamentaciones. Por eso, en el mito no es una mujer blanca cualquiera la que toma la iniciativa, es además una santa y una reina. Cualquier mujer no hubiera podido vencer tantos obstáculos a la vez.

Dice el mito que es la madre de San Benito a que se enamora del esclavo y no al revés, como cuenta una tradición expresada en canciones y romances populares, del vasallo enamorado de la reina. Tal vez, Santa Bárbara se enamoró de Serapio por la intimidad que tenían: *ese esclavo la caleteaba el agua pa'bañarse, pa'lavar, pa'todo*, o por la soledad que sufría en ausencia del rey... El mito no da razones para el amor, se limita a registrar el hecho: ella se enamoró del esclavo, pero ¿está diciendo el mito solo eso, o está insinuando también que el deseo de los señores hacia las esclavas era sentido con igual intensidad por las señoras, hasta el punto que ni una reina, santa, además, puedo sustraerse a él?

La segunda versión es muy explícita en este asunto. Nos dice que la reina quería que la bañara un esclavo –y no una de las esclavas que ella tenía–: *La esposa tenía esclavos hembras y varones. Ella quería que la bañara un esclavo. Ella se desnudaba y le decía: friégue me alante también*. La situación erótica es, pues, el baño. He ahí la ocasión para despertar el deseo del esclavo, invitándolo, obligándolo a fregarla “alante” también. Aquí el agua no apaga el fuego, el agua es el fluido en el que los cuerpos se acercan y se tocan, es la lumbré que aviva los sentidos, y la Reina no se complace con el roce, quiere que la toquen, quiere que la frieguen, que la froten en el centro divino de su ser. Ella, la reina, le había pedido a su esclavo Serapio que le trajera un vestido celeste, celestial. Leyendo esta parte del mito, no podemos dejar de recordar la imaginería del Caribe francés disfrutando del baño de Paulina Bonaparte, a quien también frotaba un esclavo,

ella desnuda en la pileta. *Ella estaba enamorada*, dice el mito, justificando la actitud sorprendente y quizás inexplicable en una reina. Tanto lo tienta la Santa y hasta lo abraza que, al fin, hacen como se lee, *lo natural*. Y así, “naturalmente”, nació Benito.

La pasividad de Serapio ante las atrevidas solicitudes de la reina blanca se explica, como hemos visto, por las condiciones de la esclavitud cuyo instrumento más eficaz de dominación se anclaba en el miedo a los amos y a los castigos. Pero, a mi modo de ver, el miedo del esclavo significa además otra cosa: la imagen de Serapio que nos da el mito no se compadece con la imagen lujuriosa y lasciva que la sociedad colonial nos dejó de los negros esclavos para, entre otras razones, justificar sus propias debilidades y perversiones. El mito invierte esta imagen y nos muestra a una blanca lujuriosa y provocadora y a un negro tímido y pasivo, imagen contraria a la que la colonia nos legó del negro en materia de sexualidad, como para corregir la versión oficial sobre el asunto.

Volvamos ahora al inicio del mito. Con la frase: *San Benito era un asunto milagroso y a pesar de eso no pudo conocer a su madre...*, entramos de lleno en el lenguaje del mito. Notemos este comienzo sorpresivo del mito, al juntar en un solo enunciado dos oraciones que no son, como deberían, consecuencia una de la otra. En efecto, el conector del discurso: *y a pesar de eso* debería introducir una frase que contradiga a la anterior y, al no hacerlo, puesto que la santidad no tiene nada que ver con el hecho de conocer o no a la madre, deja al lector perplejo e intrigado: la paradoja es un recurso propio de la narración mítica.

En ambas versiones, el niño Benito es abandonado por su madre. “confiado a la tierra o a las aguas, el niño que posee ahora el estatuto social de un huérfano, corre el riesgo de morir, pero tiene al mismo tiempo oportunidades de adquirir otra condición que la condición humana. Protegido por los elementos cósmicos, el niño abandonado se convierte frecuentemente en héroe, rey o santo” (Eliade 1954: 229).

Así, San Benito como Moisés, es salvado de las aguas. Puesto en un cajón, símbolo de la urna, y botado al río, el niño corre riesgo de morir en manos de los elementos, pero protegido por la madre agua, rescatado por Santa Ifigenia para que su destino se cumpla. Así, nace de nuevo al mundo para ser otro, un santo, alguien diferente de la condición humana común. Criado por Santa Ifigenia, su madre espiritual, participa del mundo virginal de la mujer. Santa Ifigenia, Marta del Gólgota y Anacoreta son, en el mito, vírgenes asociadas al agua, son también ninfas, presiden los nacimientos y la fertilidad y no están sujetas al varón. Pero cuando Santa Ifigenia llega a su casa y abre el cajoncito vio que *era un niño alemán, de ojos azules, blanco, blanco, italiano*.

Es verdad que en un mito todo puede suceder. Este niño que desafía las leyes de la herencia, nos deja estupefactos. No podía ser de otra manera, pues un niño así es el resultado de la unión de un esclavo y una reina que son, al mismo tiempo, un negro y una blanca y, a la vez, un infiel y una santa. Desde luego de esta unión no puede nacer sino un niño extraordinario.

Pero San Benito, el patrono de Bobures, no es blanco, ni siquiera es mulato sino que ahora está negro. Recordemos el párrafo:

Está negro ahora porque a él lo perseguían mucho las mujeres y él no quería nada con las mujeres; él todo lo que quería era con Dios. Él se ponía a orar y las mujeres lo perseguían y le tiraban flores. Entonces fue a casa de Dios y le pidió un horrible color pa'huirle a las mujeres entonces Dios le dijo que como hacía él, que ese era su color natural, que no podía cambiarle su color, pero que, sin embargo, él iba a ver.

Lo que nos dice el mito, explícitamente, es que San Benito se vuelve negro para protegerse del deseo sexual de las mujeres: él no quería nada con las mujeres. Esta frase del mito debemos relacionarla con la frase del comienzo para entender por qué la santidad que, generalmente, tiene como una de sus condiciones la castidad, está directamente vinculada, en el mito que nos ocupa, con la madre: San Benito, nos dicen los Capitanes del Santo, no puede conocer a su madre “porque pierde la gracia”, esto es, la virtud misma de su santidad. Conocer a la madre, retornar al origen es, para San Benito, revivir el pecado de la madre. La madre, figura ambigua por excelencia, es, en efecto, el origen de su bastardía por su pecado de lujuria y es, al mismo tiempo, la salida del pecado mediante el alejamiento de ella. Dice el Capitán de Plaza:

Él sale a buscar a la madre el 7 de enero, pero como no puede conocer a la madre, da vueltas y vueltas. Él cree que está *caminando pero está aquí mismo, hasta cuando oye el chimbanguale (el conjunto de tambores, flauteros, gobierno y vasallos) el primer sábado de octubre, se devuelve y llega. No puede conocer a la madre porque es cachao.*¹¹

He aquí expuesta la desesperación de la separación de la madre y la tragedia de su búsqueda. San Benito sale a conocer a su madre el día 7 de enero, pero como no puede conocerla se pierde durante nueve meses exactamente. Él cree, y esta es su tragedia, que va caminando pero, en realidad, permanece en el mismo sitio (¿en el útero?), hasta que oye el chimbanguale. El sonido lo distrae de su búsqueda, lo saca de su ensimismamiento. San Benito se queda en Bobures, participa en su fiesta el 1º de enero y el día 7 comienza otra vez su desesperada

11 Cachao: “hijo de cachos, de cuernos”, aclara Pía.

búsqueda. La trata de esclavos dispersó los linajes africanos, separó las familias y, en América los señores colonos podían separar –para la venta o por cualquier otro motivo– los hijos de las madres, el marido de la mujer. El mito de San Benito alude a esta verdad histórica, y más allá de la imagen de la mujer como tentadora, propiciadora del mal y debilidad del varón, Eva, Lilith o Putifar, el mito sanciona el tabú del incesto dejando en el aire una pregunta que no plantea: ¿y si San Benito, como su padre Serapio, no pudiera sustraerse al deseo de la reina blanca que, ahora, es su madre? Notemos, de paso, cómo el mito insiste en las astucias de la mujer para sortear la infidelidad conyugal. Al serle infiel a su marido con un esclavo, Santa Bárbara comete una triple falta, como reina, como blanca, y como santa, falta de la que debe deshacerse, porque el niño nacido de su unión con Serapio mostrará, a flor de piel, las infidelidades de su madre. La estratagema de la reina es tal, que hace venir a su marido una vez y otra *cuando tenía la barriga grande*, para que no haya ninguna sospecha sobre su paternidad. La actuación de la partera y hechicera alude indirectamente a las posibilidades de vivir que tendría un niño bastardo, más aún si este hijo provenía de mezcla.

Continúa el mito narrando la perplejidad de Dios ante la petición de Benito de un horrible color: *que como hacía él, que ese era su color natural, que a él no podía cambiarle su color, pero que, sin embargo, él iba a ver*. Y mientras Dios iba a ver, Benito *se metió de cocinero a casa de frailes*, separándose del mundo, separándose, fundamentalmente, de las mujeres, ingresando en una orden monástica. San Benito no puede conocer a su madre ni a ninguna mujer porque perdería su condición de santo. Rechaza a la mujer que le recuerda su origen bastardo y prohibido (en realidad, San Benito encarna, él mismo, el pecado de su madre) y se aleja, al mismo tiempo, de las tentaciones porque siente, como su padre Serapio, que no podrá, quizás, resistir a la seducción de la mujer. Su madre y luego, las mujeres todas, son tabú para él. Y para reforzarse en su santidad acude a Dios mismo y le pide *un horrible color* para que sean las mujeres las que, en realidad huyan de él. Pero ese horrible color es el negro, el color de todos sus vasallos y de sus devotos, el color de todos los negros de Bobures y de todos los negros del sur del Lago. Para volverse negro tiene que haber una intervención divina, porque el paso naturaleza-cultura toca en este caso la propia carne del hombre.

Inmediatamente, el mito enumera los trabajos que realizó Benito: *primeramente Benito fue doctor, fue guerrista, fue portero, fue de todo, fue cocinero, fue sabio sin estudio, porque él no estudió*. San Benito ha recorrido todos los oficios, se ha iniciado en todas las artes, y después de adquirir todos esos conocimientos y convertirse en sabio, comienza a hacer milagros. Detengámonos un poco aquí para señalar como el mito quiere darnos la imagen de un hombre completo, conocedor de artes y oficios y de los trabajos valorados por la humanidad en todos los tiempos: médico, guerrero, partero. Un hombre autodidacta, servidor de la comunidad. El milagro, o mejor dicho, el don de hacer milagros vendría a

ser en el mito lo que corona su santidad. Así, el milagro se convierte, como pide una tradición religiosa, en la prueba de santidad. La castidad pone a Benito en el camino de la santidad y el milagro confirma esa cualidad de santo. La transformación debida a la intervención divina es una conversión: al ingresar en la orden monástica, San Benito deja la condición profana para acceder al estado de santidad. Pero esta transformación espiritual se acompaña, era necesario, con una transformación de la carne misma, pues de blanco pasó a ser negro. Y Dios convino, porque San Benito en Bobures y en el sur del lago de Maracaibo es un *santo negro*: esta negro ahora, dice el mito proclamando el color negro del Santo, y pasa a narrar, a continuación, no la transformación de Benito en negro, sino lo que sostuvo la petición de transformación: la castidad, el trabajo, el milagro. La transformación *de Benito en negro constituye, pues, el misterio (lo tremendo) del mito*.

Hay un momento sublime en este mito que apenas podemos vislumbrar, el momento de la conversión, momento sagrado cuando un hombre cambia de condición y pasa a ser otra cosa. San Benito es otro, es un Santo y es negro. Es un negro distinto, más aún, es un negro excepcional, pues de blanco pasó, por decisión propia y por voluntad divina, a ser negro. Ningún blanco durante la esclavitud (quizás ahora tampoco) aspiraría a una conversión semejante, pero Benito no solo se convierte en negro, sino que se apodera de una cualidad, la santidad, reservada exclusivamente a los lancos. Hasta hoy día, *blanco* equivale a *santo*, a *puro*, y *negro* equivale a *malo*, a *impuro*, a *pecado*. Desde el punto de vista léxico-semántico, un santo negro constituye de alguna manera un oxímoron, un enfrentamiento de dos palabras de significado contrario. Y si San Benito le pide a Dios un *horrible color* para huir de las mujeres, un color que es, como sabemos, el color de todos sus vasallos y devotos, es también un color impuro, malo, para que las mujeres mismas huyan de él, pues, además, Benito muestra con este color negro el pecado de su madre. Así, el mito expresa la visión racista de la colonia pero introduce una paradoja haciendo del negro un santo. Ya habíamos señalado que la paradoja es lo propio del lenguaje mítico, y entendemos bien que el mito está diciendo que un negro se vuelve santo solo si sacrifica su sexualidad, esa sexualidad que tanto preocupó (y tanto fascinó) a los señores y las señoras durante la colonia y que propagó la bastardía en América... Pero los devotos de San Benito no se conforman con tener un santo negro. Un santo negro es quizás algo demasiado excepcional para ellos, demasiado lejano, quizás, falta una cualidad para que Benito sea, a la vez, como cualquiera de los negros de la costa, para que pueda ser asimilado a la realidad del sur del Lago, pues, digamos de paso, que el mito insinúa también que no se adquiere el color negro sin sufrir algunas consecuencias. Este rasgo que completa la identidad del santo es la fiesta, el tambor, y es lo que narra en la segunda parte del mito.

La segunda parte del mito funda la fiesta y el calendario de las fiestas del Santo en el sur del Lago.¹² Recordemos que el mito nos cuenta que fue Jesucristo quien fue a hablar con San Benito y le preguntó: ¿Cuál es el día que te gusta? pues si Benito es un santo debe tener, como todo santo, su día. Pero para sorpresa de Jesucristo, Benito no responde pidiendo una fecha sino que muy claramente dice: *A mí me gusta el día que salga con unos perolitos por las calles, así caminando, paseando, contento*. Notemos que San Benito no habla directamente de fiesta y de tambor, emplea eufemismos (*unos perolitos, así caminando, paseando*) como para no sorprender ni contrariar demasiado a Cristo con su petición y espera que pase el primer día asignado (el día 27) y va *acompañado* de los feligreses a pedirle, ahora sí, *una semana de puro chimbanguale*.

El establecimiento de la fiesta y de los días de la fiesta es entonces un convenio entre Jesucristo y el santo que, en un principio, no le gustó el día 27 de diciembre que Dios les asignó. San Benito quería, debía querer, un día para salir con unos tamborcitos, contento. Un día de fiesta para los esclavos durante la colonia. Así de acuerdo con el mito, el chimbanguale habría sido una fiesta colonial: *eso era cuando la esclavitud ¡cristianos terribles!*, y más adelante: *esto era unos caseritos, pueblitos y Gibraltar una ciudad de siete templos*, frase que alude al esplendor que tenía la ciudad de Gibraltar en esos tiempos. Dios, efectivamente, no le puede conceder al Santo *una semana de puro chimbanguale para él solo*, sería contrario a las reglamentaciones coloniales. Y aunque las fiestas de tambor, auspiciadas por cabildos y cofradías terminaron prohibiéndose por los desórdenes que suscitaban (*unos se emborrachan, otros se estropean, pelean otros...*) y ante el riesgo de quedarse sin vasallos, por prohibición de celebrar la fiesta, como muchas veces ocurría con las “fiestas o bailes de negros”, San Benito acepta la palabra ordenadora de Jesucristo (la palabra del amo, pues) quien, finalmente, dispone del calendario de fiestas del sur del Lago y de los santos patronos.

Así se completa, en esta segunda parte del mito, como la hemos denominado, la transformación de Benito en negro de la costa. San Benito, aunque nace en Palentía, Palermo y era un niño blanco *está negro ahora y aquí*, agregamos nosotros. La transformación se completa cuando a él, como a todos los negros, comienzan a gustarle los “perolitos”, el chimbanguale. De esta segunda parte, Pía nos había dado otra versión que dice así:

Cuando Dios le fue a dar a cada quien su día, le dio a San Benito el Viernes Santo, pero a San Benito no le gustó ese día. Pero San Benito era muy devoto de Dios y él oraba mucho, creía mucho en Dios, entonces cuando se le llegó la fiesta del Viernes Santo, a San Benito no le gustó.

12 En *El culto a San Benito* (1983: 70) de Luis Felipe Ramón y Rivera, podemos leer una versión semejante recogida en 1955.

Entonces fue a casa de Dios y le dijo que cambiara ese día porque no le gustaba y Dios convino... porque sucede bien, que Jesucristo le preguntó que cual era el día que él quería, pero como los diablos se burlaban de él [...] mientras él estaba orando venían los diablos y le tocaban potecitos¹³ por aquí, potecitos por allá y a él le fueron gustando los potecitos esos, [...] entonces cuando Jesucristo le preguntó que cuál era el día que él quería, San Benito le contestó que él quería un día para salir con unos potecitos por la calle, entonces Jesucristo le dijo: bueno, Benito, yo voy a dejar la Pasión para mí y te voy a dar el día 27 para vos, que es el día de San Benito en Gibraltar y el 1º de enero en Bobures... entonces él, de ahí salió con su potecito, prim, prim, fue buscando su gente que le gustaba tocar y de ahí se formaron los chimbángueles (Ascencio 1976: 37-38).

El chimbánguele es el diablo, eso viene desde el principio del mundo porque los chimbángueles los hizo el diablo, aclara Pía al final de su relato.

Diablo y mujer se igualan en las dos versiones del mito, los dos tientan, y si San Benito pudo escapar a la tentación de las mujeres volviéndose negro, no pudo, en cambio, escapar a la tentación del tambor que, según el mito, es el propio diablo y es lo que le gusta al negro. Por otra parte, pareciera, de acuerdo con la primera versión, que en un principio a San Benito le habría tocado la *Pasión* (Bueno, Benito, *yo voy a cambiar la fecha*... se lee en la primera versión de la segunda parte), mientras la segunda versión especifica que a San Benito le habría tocado el Viernes Santo como día, *pero a San Benito no le gustó ese día*. No le podía gustar la Pasión, mucho menos el Viernes Santo con Cristo azotado y clavado en una cruz: no le podía gustar una “fiesta” de látigos y azotes que recordara la esclavitud. A él tenía que gustarle otra fiesta, una fiesta de negros con los potecitos esos... De acuerdo con la lógica colonial, el chimbánguele, la fiesta de negros, es el diablo, y ante el riesgo de quedarse sin fiesta, San Benito que “creía mucho en Dios”, acepta, como dijimos, la ley divina y se somete al calendario cristiano, al orden cristiano de la fiesta. De este modo, el chimbánguele aparece como una fiesta sancionada por Dios, y el diablo (el tambor) queda a su vez, bajo el dominio de lo divino. Ha ocurrido, entonces, un verdadero trueque entre el Santo y la divinidad. El principio *do ut des* que rige los rituales de sacrificio se ha cumplido. El chimbánguele que es el diablo y San Benito que es el Santo negro se integran en un mismo orden sancionando por Dios. Ya puede salir el santo con sus tamborcitos prim, prim, prim, buscando a su gente... los hombres de Bobures tienen ahora un santo propio, un santo negro, que les pertenece y se le parece, un San Benito que, como dicen ellos, es un “negro bailón y bebedor”. Los amos de haciendas y plantaciones pueden dormir tranquilos: la libertad es una ilusión que dura un día.

13 Potecitos, perolitos, tamborcitos.

No hemos ido en los últimos años a Bobures, pero ya desde el inicio de nuestras investigaciones en 1974, los vasallos del Santo tenían conciencia de la amenaza que representaba para la tradición, la lenta invasión turística en la zona, la pobreza de los devotos que no pueden costear los gastos de la fiesta y la indiferencia de los jóvenes:

Cuando yo era pequeño, el chimbánguele era mucho más mejor porque era todos los viejos y jóvenes de ayer, y ya los que vamos quedando somos unos cuatro viejos que servimos nada más para enseñar...

Los viejos insisten en la devoción, pero tienen dudas sobre la continuidad de la fiesta. Dudas, tristeza, que se siente en las palabras de la antigua Capitana Celina Chacín:

Una devoción que siempre tenemos, siempre la ha habido porque San Benito fue quien fomentó el chimbánguele, él fue quien lo hizo... Él fue quien empezó a hacer su tamborcito, su flauta, su maraca... yo te voy a decir una cosa, yo me moriré, las hormiguitas me lo dirán, pero con el tiempo aquí no habrá quien toque el ensayo, entonces esto va a venir más bien de Caracas, de otras partes a tocar, porque ya casi no hay quien toque el Tambor... ya los muchachos no quieren tocar el tambor porque se cansan, sudan, entonces ya los viejos que hay no pueden, ya Olimpiades Pulgar no puede echarse un tambor todo un día y entonces así son todos los que hay.

Pero no es solo la modernidad, la pobreza y la indiferencia de los jóvenes los que atentan contra la continuidad de la tradición. Olimpiades Pulgar nos permitió copiar estas décimas de su propia cosecha que alertan sobre la avalancha de las sectas protestantes que asolan a la región, amenazando los cultos y devociones tradicionales:

Desde Calvino y Lutero
lo que es el protestantismo
siempre ha tenido cinismo
de acabar con todo clero.
Y vienen como reguero
los Testigos de Jehová
Pentecostales que serán
funestos para un vasallo
que cuando escuche un Ensayo
ni bolas le parará

Preste usted mucha atención
a esta pila de impostores

que son los diablos peores
sin tener comparación

Cumpla usted su religión
con su santo venerado
y desde usted por enterado
que esos son divisionistas
lo mismo espiritistas
así que esté preparado.¹⁴

Referencias citadas

- Acosta Saignes, Miguel. 1955. *Las cofradías coloniales y el folklore*. Caracas: Caracas.
- Alvarez, Alexandra. 1987. *Malabí maticulambí: estudios afrocaribeños*. Montevideo: Monte Sexto.
- Ascencio, Michaelle. 1976. *San Benito: ¿sociedad secreta?* Caracas: UCV.
- Bracho Reyes, José Gregorio. 1997. El culto a San Benito en el Sur del Lago de Maracaibo. Una propuesta de acercamiento desde la antropología de la música. *Boletín Americanista*. (47): 45-75.
- Eliade, Mircea. 1954. *Tratado de historia de las religiones*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Laya, J.C. 1957. La gaita. *Boletín del instituto de Folklore*. 2: 227-ff.
- Métraux, Alfred. 1960. *Le Vaudou haitien*. London: Geneva printed.
- Ramón y Rivera, Luis Felipe. 1983. *El culto a San Benito*. Caracas: Federación Nacional de la Cultura Popular.
- Rodríguez Omar *et al.* 1974. "Benito de Bobures, un mito y su realidad". Trabajo de grado para la Escuela de Sociología y Antropología, Universidad Central de Venezuela. Caracas.

¹⁴ Recogido por mí en Bobures en 1980. Debemos destacar aquí el trabajo tesonero y entusiasta de Juan de Dios Martínez, quien ha fomentado el aprendizaje de los golpes del tambor, bailes y cantos en los pueblos del sur del Lago, especialmente en Bobures.